



**Homilía en la Misa de despedida de la Comunidad de PP. Franciscanos
de la Ciudad de Soria
Iglesia PP. Franciscanos de Soria – 4 de octubre de 2020**

Queridos hermanos; saludo con afecto a la Comunidad de PP. Franciscanos de nuestra ciudad de Soria, al P. Provincial, a los sacerdotes con-celebrantes y a todos los que os habéis acercado en el día de San Francisco a este templo para despedir con dolor, pero con esperanza y afecto, a esta comunidad religiosa que durante 100 años ha desarrollado en nuestra ciudad una labor docente, marcada a fuego en los corazones de muchos sorianos.

Permitidme, en primer lugar, que comience con unas palabras que acabamos de escuchar en la lectura de la carta de san Pablo a los Filipenses: *“Hermanos: Nada os preocupe; sino que en toda ocasión, en la oración y en la súplica, con acción de gracias, vuestras peticiones sean presentadas a Dios”*. Palabras adecuadas para este momento que estamos viviendo y que nos podemos aplicar personal y comunitariamente. Hay una clara invitación a la oración y a la confianza en el futuro, en no tener miedo pase lo que pase. La comunidad de Padres Franciscanos marcha de nuestra ciudad de Soria. Y podríamos hacer un elenco con todas las obras apostólicas llevadas a cabo durante este tiempo. Su presencia en la sociedad soriana ha sido intensa y ha calado en la vida ordinaria de tantos sorianos. Pero no perdamos de vista lo esencial: nuestra Iglesia particular de Osma – Soria pierde un carisma. Cuando una comunidad de religiosos o religiosas abandona la Diócesis se pierde la presencia de un carisma que es fruto de la multiplicidad de dones que el Espíritu Santo da a la Iglesia: *“¿Cómo no recordar con gratitud al Espíritu la multitud de formas históricas de vida consagrada, suscitadas por El y todavía presentes en el ámbito eclesial? Estas aparecen como una planta llena de ramas que hunde sus raíces en el Evangelio y da frutos*

copiosos en cada época de la Iglesia. ¡Qué extraordinaria riqueza!” (VC 5).

En este momento que vivimos, marcado por la desesperanza y el sentido de pérdida de tantas personas que han muerto por la Covid-19, por la tristeza de la marcha de esta comunidad franciscana, invito a vivir nuestro ser cristiano desde una actitud esperanzada. Sabemos que la realidad última, para la fe cristiana, es Dios mismo, un Dios Padre de todos los hombres que siente en sus entrañas el dolor de todos y cada uno de sus hijos porque ha sentido la muerte de su Hijo Jesús.

En segundo lugar, me gustaría referirme a la imagen que nos han presentado tanto la primera lectura como el evangelio. Se trata de la imagen de la viña del Señor. Esta imagen nosotros la aplicamos al pueblo de Dios, a la Iglesia. Por eso, el mensaje es claro: la Iglesia debe dar fruto, no puede permanecer encerrada en sí misma, pues la verdad y el amor que Jesucristo ha sembrado en ella deben difundirse e iluminar para llevar la esperanza de la vida nueva del Evangelio a todos los hombres. Las palabras del Papa Francisco sobre la Iglesia no deben ser simplemente un adagio al que hacer referencia de forma retórica. Debemos grabarlas en nuestra mente y nuestro corazón para hacerlas vida: *“Prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades”* (EG 49).

Sabemos que la Iglesia, en la medida en que sea fiel al Evangelio, será también un signo de contradicción en medio de nuestra sociedad, como lo fue Jesús con sus palabras, obras y muerte en cruz. Los cristianos tenemos que vivir con coherencia los valores evangélicos y comunicarlos adecuadamente a los demás. No estemos demasiado pendientes de los problemas internos que tenemos como Iglesia, preocupados en exceso por la conservación de la viña, en lugar de ocuparnos de producir el fruto que de ella espera el Señor. A San Francisco se le atribuye: *“Predica el Evangelio en todo momento y cuando sea necesario, utiliza las palabras”*.

La celebración de la Eucaristía precisamente en este día de San Francisco de Asís nos hace sentir con fuerza la pérdida de los PP. Franciscanos de nuestra ciudad. Hoy nos enfrentamos a una realidad de dolor por la despedida de nuestros queridos franciscanos, que han dejado una huella imborrable en Soria y para muchos de ellos ha sido una ocasión de vivir la santidad y de predicar con el ejemplo de una vida en plenitud y en pobreza, pero rica del amor de Dios. Os damos las gracias porque día tras día, domingo tras domingo, habéis estado en esta iglesia conventual y con vuestra presencia y solidaridad habéis hecho posible que este templo haya sido mediación de

encuentro entre Dios y los hombres. Os damos las gracias porque con mucho esfuerzo y generosidad habéis vivido un compromiso fuerte con el colegio San José y tantas obras apostólicas y sociales que quedarán para siempre en la historia de los PP. Franciscanos en Soria durante estos últimos 100 años.

Queridos Padres Sebastián, Paco, Carlos y Agustín, os despedimos este día de San Francisco, pero nos consuela que nunca os vais a ir de nuestro corazón ni de nuestras vidas. Nos mantendremos siempre muy unidos en la oración, que es lo mejor que tenemos los hijos de Dios. La Santísima Virgen María nos ayudará a aceptar con serenidad estos momentos, porque Ella es la mujer fuerte y fiel que ha mantenido su palabra siempre, aún en situaciones muy difíciles

Termino con el final de la Carta a toda la orden escrita por San Francisco: *“Omnipotente, eterno, justo y misericordioso Dios, danos a nosotros, miserables, hacer por ti mismo lo que sabemos que tú quieres, y siempre querer lo que te place, para que, interiormente purificados, interiormente iluminados y abrasados por el fuego del Espíritu Santo, podamos seguir las huellas de tu amado Hijo, nuestro Señor Jesucristo, y por sola tu gracia llegar a ti, Altísimo, que, en Trinidad perfecta y en simple Unidad, vives y reinas y eres glorificado, Dios omnipotente, por todos los siglos de los siglos. Amén.*

✠ Abilio Martínez Varea
Obispo de Osma-Soria